

Comentarios y reflexiones en torno a la violencia política en Colombia*

*The Paradoxical Institutionalization of the Political Violence
in Colombia*

WILLIAM ORTIZ JIMÉNEZ**

Resumen

El artículo intenta acercarse a la posibilidad de concebir *violencia y política*, como una constante en Colombia y que pueda convertirse en un punto crucial para pensar en la ciencia política. Es en este sentido que he decidido invocar el tema de la violencia y la política como un escenario de aná-

Artículo recibido el 12 de febrero de 2012 / Aprobado el 20 de mayo de 2012.

* El artículo es producto de la investigación "Discursos y representaciones de la guerra y al paz en Colombia", apoyada por la DIME, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.

** Doctor en Sociología y Ciencias Políticas, Universidad de Granada, España. Profesor Titular Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Departamento de Ciencia Política. Director del Grupo de Investigación "Política y guerra", Colciencias.

lisis en el marco de los estudios poscoloniales. Una vez asumida la postura frente al hecho, se vuelve posible describir críticamente la continua reaparición en nuestro presente de “fragmentos” de las lógicas y de los dispositivos de explotación y dominio que caracterizaron el proyecto colonial moderno de Occidente, reconociendo al mismo tiempo, que estos se componen dentro de nuevas constelaciones políticas, profundamente inestables y en continua evolución. En otras palabras, definir nuestro tiempo como “postcolonial” no significa cerrar los ojos ante la sangre vertida en el país a causa de la violencia propuesta desde afuera con artífices desde adentro. Y, quizá, la única salida no sea otra que la política. En segunda instancia, se esbozará un acercamiento a la experiencia de la violencia en Colombia, como un hecho presente en varias generaciones y como un proceso que realimenta los procesos políticos. Finalmente se vislumbrará el papel que puede jugar la cultura política en el escenario de la violencia en Colombia.

Palabras clave: Colonialismo, conflicto, participación, cultura política, violencia.

Abstract

The article tries to get closer to the possibility of conceiving violence and politics, as a constant in Colombia and can become a turning point for thinking about the political culture. It is in this sense that I have decided to invoke the issue of violence and politics as a scenario analysis in the context of postcolonial studies. Once assumed ‘postcolonial’ approach, it becomes possible to critically describe the continued resurgence in our present of ‘fragments’ of logics and the devices of exploitation and domination which characterized the modern colonial project in the West, recognizing at the same time they are composed in new constellations political, deeply unstable and constantly evolving. In other words, define our time as ‘postcolonial’ does not mean ignore the blood poured in the country because of proposed from outside violence with architects from the inside. And perhaps the only way out is not other than politics. In the second instance, it will outline an approach to the experience of violence in Colombia, as a present in several generations and as a process that

fed the political processes. And finally solution the role that can play the political culture in the scene of violence in Colombia.

Key words: Post-colonial, political constellations, political culture, violence, war.

Introducción

Concretar el concepto de violencia como acción, no solamente implica elaborar una definición de carácter científico y operativo que permita comprenderla y explicarla, sino que también conlleva problemas de carácter moral y ético, y por tanto filosófico, e involucra visiones objetivas y subjetivas, lo cual hace que, en términos de Sorel, “los problemas de la violencia sigan siendo muy oscuros” (Sorel, citado por Arendt, 1969:49), afirmación que es tan cierta ahora como lo era entonces. El punto de partida para analizar el fenómeno de la violencia en general y de la violencia política en particular debe situarse en el reconocimiento de su complejidad; como lo plantea Ignacio Martín Baró, “no sólo hay múltiples formas de violencia, cualitativamente diferentes, sino que los mismos hechos tienen diversos niveles de significación y diversos efectos históricos” (2003:74).

De acuerdo con Wieviorka, los análisis sobre violencia política han estado dominados por dos grandes paradigmas: el primero es el neofuncionalista, que explica la violencia política en función del sistema político o del Estado. Por tanto, esta es el resultado de la crisis, de fallas a ese nivel. Esta perspectiva fue desarrollada especialmente durante los años sesenta y setenta y su principal planteamiento es que “la violencia política es una conducta desarrollada como reacción a los cambios de posición relativa de los individuos o de los grupos afectados” (1992:1).

El segundo paradigma surge a partir de las fuertes críticas que suscita el primero, en los años setenta, especialmente entre los teóricos de la movilización de recursos (Oberschall, 1973) y que conciben la violencia como un medio al servicio de la obtención de fines políticos que pueden ser muy diversos: crear un proceso revolucionario, tomar el poder del Estado, convertirse en un protagonista político y entonces institucionalizar-

se, revelar la verdadera naturaleza de un Estado, activar el despertar de una clase o una nación. En esta perspectiva, la violencia tiene un carácter instrumental, es un recurso entre otros, y el actor ya no se define por sus frustraciones y reacciones, sino por sus intenciones, cálculos y estrategias (Tilly, 1998).

Este tipo de análisis no deja de resultar interesante, pero a partir del fenómeno que nos ocupa, la segunda vertiente nos aportaría elementos de entendimiento para las acciones violentas que desarrolla el actor de referencia; sin embargo, consideramos que, debido al escalamiento del conflicto y al carácter e intensidad de las acciones violentas que se llevan a cabo en el contexto colombiano, es necesario establecer diferencias entre acciones violentas y acciones terroristas. En este sentido, consideramos que una clave de análisis importante a la hora de establecer esta distinción es la diferenciación entre el proyecto ético-político (fin) y el proyecto militar armado (medios). En este sentido, es importante recordar que para las organizaciones insurgentes su proyecto es político, la razón de ser de estos actores no es la acción violenta, ni tampoco es el único tipo de acción que llevan a cabo. Sin embargo, "cuando para conseguir un fin no importan los medios utilizados: no hay selección de objetivos, no se analizan las consecuencias sobre sectores ajenos al conflicto, creemos que podemos hablar de medios terroristas y de organizaciones terroristas" (Sancho, 2003:38).

No es nuestro propósito agotar el debate entre acción violenta y acción terrorista o entre organizaciones terroristas y no terroristas; con lo anterior pretendemos puntualizar que, de acuerdo a la intensificación del conflicto, los actores insurgentes político-militares pueden llegar a desarrollar no solo acciones violentas, sino en algunos casos terroristas; sin embargo no son organizaciones terroristas en la medida en que su razón de ser no es la acción violenta indiscriminada, esta sigue siendo un medio para la consecución de un fin. En las organizaciones insurgentes la violencia no es una lógica de acción, es decir, no define al actor, ni sus móviles de lucha; cuando esto sucede la violencia es extrema, sin límites, y el orden de los fines y de los medios se invierte. Lo importante es el terror, que se convierte en el objetivo de los terroristas (Wieviorka, 1992:2-3).

En toda definición no existen absolutos, por tanto creemos que este debate no puede entorpecer la búsqueda de explicación y comprensión del fenómeno colectivo que nos ocupa: el concepto de violencia política. Pues bien, aunque ha tenido diversos significados, hay una condición especial que la caracteriza: un medio de lucha político y social que se hace con el fin de mantener, modificar, sustituir o destruir un modelo de Estado o de sociedad, o también para destruir o reprimir a un grupo humano con identidad dentro de la sociedad por su afinidad social, política, gremial, étnica, racial, religiosa, cultural o ideológica, esté o no organizado.

Este tipo de violencia puede ocurrir a través de los mismos agentes del Estado, que en muchas ocasiones, acuden a la violación sistemática de los derechos humanos. Pero también puede ser ejercida por actores o grupos insurgentes que combaten contra el Estado que, en su gran mayoría, se ajustan a las leyes y normas de la guerra y, por lo tanto, se reconocen como acciones bélicas. En otros casos no aplican dichas leyes, lo cual incurre en las continuas violaciones a los derechos humanos y se cometen crímenes de lesa humanidad o infracciones al Derecho Internacional Humanitario.

También hay criterios para considerar la violencia y, hasta cierto punto, cuando de referirse a ciertos estudios se trata, como el resultado de distintos factores, los cuales pueden ser circunscritos al ámbito de la esfera del cálculo o la elección racional, lo que sugiere la emergencia de la violencia como un medio para obtener un fin determinado: ganar o mantener el poder sobre algo o alguien. También se puede concebir como el resultado de cierta cultura o ideología que justifica el ejercicio de la violencia sobre otros, ya sea por su condición social, raza, etnia o género (Arteaga, 2007:44).

Existen algunas prácticas excepcionales que se registran como hechos de violencia político-social: las cometidas por actores armados no estatales, que generan un limbo jurídico, puesto que no pueden tipificarse como violaciones a los Derechos Humanos, toda vez que sus autores no pertenecen al polo estatal ni paraestatal, ni tampoco como infracciones al Derecho Internacional Humanitario, ya que no están tipificados allí, aunque son indiscutiblemente hechos de violencia determinados por móviles políticos.

Si echamos una mirada a la historia de Colombia en el siglo XX, podemos notar que la violencia practicada en el país opera como un mecanismo racional de ejercicio de la política y que ha sido una obra constante, por medio de la cual se dirimen los conflictos, se defiende un orden social o se le reta.

Es preciso añadir, además, que el recurso a la violencia organizada e instrumentalizada para fines políticos es ancestral en la historia nacional, ha sido utilizado por una diversa gama de actores que van desde los más recalitrantes conservadores, pasando por los liberales, dejando huella en los comunistas y, hoy por hoy, hasta los narcotraficantes y grupos armados cuando han gozado del estatus político. El espectro político y social es amplio en sus vínculos con la idea de imponer, subyugar, aniquilar o, simplemente, causar la muerte a un opositor. Pero todo parece indicar que obedece quizá a múltiples interrogantes, entre ellos: ¿existe ausencia de un consenso social?, ¿Se ocasiona debido a las grandes desigualdades sociales que hacen posible la gestación de la lucha armada?, ¿Es la misma debilidad o ausencia estatal que no se impone a lo largo y ancho del territorio?, ¿Los paraestados le han arrebatado al Estado gran parte de la fuerza política, territorial y social? Estos no son más que interrogantes relacionados con la política y la violencia en Colombia, aún muy difíciles de responder.

Es factible observar, entonces, que para el caso colombiano, lo que complejiza una reflexión sobre política y violencia es que esta, la violencia, se encuentra muy extendida en la sociedad, que aunque por fortuna no es en su gran mayoría, el recurso a la misma ha contado con una aceptación, respaldo e involucramiento directo de importantes grupos y comunidades. También es fácil percibir que no es una violencia de élites o aparatos reducidos, muy por el contrario, son estructuras sociales las que le han dado fuerza al propósito organizativo de agenciar la violencia.¹ No solo

1 Wieviorka (2007) plantea, por su parte, que la violencia ha sido interpretada a través de tres grandes modelos. El primero tiende a observar la violencia como el resultado de cierta idea de crisis social (económica, política, cultural), que se encuentra ligada a la producción de algún tipo de frustración de los individuos y colectividades. El segundo modelo explica la violencia como un medio útil al que se recurre para hacerse de bienes y servicios de

en la actualidad, sino a lo largo de un gran trayecto de la historia de Colombia, algunos sectores de la Iglesia Católica se vieron involucrados desde una lectura ideológica de la “teología de la liberación” en ejercicios de violencia, ejemplo de ello es el caso del Ejército de Liberación Nacional (ELN), considerado en sus formas y sus lógicas de actuación comunitaria como una “pastoral armada”, por sus raíces en la trascendencia cristiana y porque, originariamente, muchos de sus frentes guerrilleros rurales, fueron motivados en el trabajo y la persuasión de sacerdotes y agentes de la Iglesia.² Este ejemplo nos evidencia los grados de involucramiento institucional y social, cuando de analizar la violencia como mecanismo de actuación política se trata.

Son muchos los años de ejercicio sistemático de violencia que hicieron que, a la postre, el sentido y aceptación social que causaron en un principio, se desvalorizara, a tal punto que en las condiciones actuales la violencia que reta el orden estatal, podríamos casi que afirmar, está en las fronteras físicas y sociales de Colombia. ¿Cuáles son los motivos de tales circunstancias? El hecho es que en estas fronteras aún permanece el viejo problema agrario que gesta la lucha por la tierra, el cual no ha logrado superarse a raíz del interés que han puesto otros actores como el narcotráfico y la insurgencia armada. Así que lo que antes era un conflicto por la tierra, se expandió a un conflicto político y social de inmensas proporciones. Campesinos colonizadores, mil veces atropellados; desplazados de los centros urbanos, desempleados y desarraigados sociales, son el

todo tipo y al cual se recurre cuando son pocas las expectativas de hacerse a estos por medios no violentos. Finalmente, el tercer modelo explica la violencia por el peso específico que tiene la cultura en la producción de la personalidad individual y colectiva de una sociedad, por ejemplo, personalidades autoritarias, una cultura de la violencia, así como violencia cultural. Es fundamental la interpretación de la violencia hecha por Wieviorka, porque permite reconocer si en Colombia se sigue o no esta directriz.

- 2 Otro ejemplo de la participación de la iglesia en posturas sobre la violencia, está enmarcado en el estudio que, en 1958, bajo el gobierno de la Junta Militar, realizó una comisión encargada de establecer las causas de la violencia en Colombia, de la que hizo parte monseñor Germán Guzmán, párroco de El Líbano (Tolima), una de las zonas más afectadas por la brutalidad que se había batido sobre nuestro país después del trágico 9 de abril. Léase: Fals Borda, O.; Guzmán, G. & Umaña Luna, E. (2005). *La violencia en Colombia*. Bogotá: Editorial Santillana.

caldo de cultivo de la fuerza social para la instalación de la violencia política en un país donde no existía ampliamente una tradición de cultivos ilícitos, pero que, con el amparo de la ilegalidad, encontró razones ideológicas y de base social para ejercer el control sobre comunidades y territorios, y poner en jaque el poder del Estado.

Los estudios sobre la violencia política

Quizá lo anterior hizo posible que en Colombia, más o menos a partir de la década de los noventa, se gestara un marcado interés por los estudios de la guerra y de la relación que esta tiene con la política. En primera instancia, parecen temas divergentes, pero en la aproximación teórica y la vida práctica, la cuestión tiene más matices de relación que de confrontación. Así que la constante entre guerra y política ha sido exponencial, a tal punto que en los últimos años se han hecho investigaciones bastante interesantes sobre el tema de la "Violencia política", o la también llamada "Cultura de la violencia", para denotar con ello que el país está inmerso en un callejón sin salida respecto a la violencia y que esta hace parte, desde hace algunas décadas, de nuestra cultura cotidiana.

Si miramos un poco el acontecer de los hechos y la motivación por investigar respecto al tema, los grupos dedicados al estudio de represión estatal, guerras civiles o terrorismo en los congresos de la Asociación Americana de Ciencia Política, se observará que su número ha aumentado de manera significativa en los últimos años. En parte, la academia también propone, en varios escenarios, como temas centrales los siguientes: violencia y conflicto, guerra de guerrillas, cultura de la violencia, guerras modernas o posmodernas, nuevas guerras, violencia simbólica, violencia y cotidianidad, violencia en Colombia, entre muchos otros que parecen no agotar la larga lista. Para muchos, la causa fundamental de este creciente interés por el estudio de la violencia política está en el final de la Guerra Fría y el aumento de las guerras civiles y conflictos étnicos que las últimas décadas han generado. Desde 1945, se dice, la mayor parte de los muertos en guerras en todo el mundo se ha producido en el seno de guerras civiles, no de guerras entre Estados, y desde la caída de la Unión

Soviética, en 1991, el número de guerras civiles por motivos étnicos o nacionalistas, se ha disparado.

Todo el anterior marco de referencia llegó a Colombia, pero no para despertar novedades, sino para constatar que el país no era ajeno a las mismas formas de violencia política que se venían gestando en el viejo y en el nuevo mundo. En realidad, aunque los conflictos étnicos y nacionalistas crecieron de manera importante en la primera mitad de la década de 1990, lo cierto es que a partir de entonces han tendido a disminuir y, de hecho, no se puede decir que tras la caída de la Unión Soviética las guerras civiles sean ahora más numerosas, aunque sí que son más duraderas (Fearon & Laitin, 2003). El crecimiento de la amenaza terrorista en los países occidentales es probablemente una razón igualmente importante que explica el creciente interés por los estudios de violencia política. En todo caso, parece un programa de investigación con un futuro prometedor en la ciencia política.

Las formas de violencia política son muy variadas y, en consecuencia, también los estudios que se han ocupado de ella.³ Los actores en estas erudiciones pueden ser el Estado y los ciudadanos, en casos sobre represión estatal, o el Estado y un grupo terrorista, o un movimiento insurgente, o dos grupos sociales, o comunidades étnicas, o grupos nacionales que luchan por el control del Estado en una guerra civil.

En las pesquisas realizadas sobre la violencia, la guerra y el conflicto, todas relacionadas con la política, encontré que les faltaba algo: la fundamentación teórica respecto a qué se entiende por guerra y qué se entiende por política. Creo que gran parte de los teóricos concentraron sus esfuerzos en tratar de dar respuesta a la primera, pero no a través de la sustentación teórica que nos proporciona la segunda, esto es, la política. En ese sentido, asumí la tarea de despejar las dudas e inicié la publicación de los resultados de una primera parte de mi investigación: "Discursos y representaciones de la guerra y la paz en Colombia: 1976-2006", en el marco de un texto titulado: "Polis y polemos. Estudios sobre política y

3 Se recomienda hacer lectura a la bibliografía citada y a los estudios propuestos por los diversos autores de los textos trabajados en este artículo.

guerra”,⁴ texto que muestra la diferencia entre ambos conceptos y recrea las teorías que, al respecto, han hecho una clara distinción.

En cierta medida, los estudios sobre violencia política se ocupan de las condiciones bajo las cuales distintos grupos, organizaciones e individuos superan (o no) problemas de acción colectiva para perseguir determinados objetivos. El recurso a la represión estatal suele tener como objetivo, en la mayoría de los casos, impedir que la población se organice para oponerse al régimen, o que otorgue su apoyo a un grupo de oposición ya existente. Los grupos de oposición violenta, desde terroristas hasta grupos insurgentes paramilitares o guerrilleros, tienen que adaptar sus estrategias ante el nivel y la modalidad de represión estatal, que impone obstáculos para su organización. Esta continua confrontación y ese vaivén frente al quehacer en la guerra, ocasionó la aparición de los llamados “empresarios de la guerra”,⁵ que no son más que aquellas personas al margen del conflicto directo, pero con intereses particulares y directos, que hacen de la guerra una esfera de la política. Los empresarios de la guerra tienen que manejar la incertidumbre que cada grupo social tiene frente a los demás para conseguir que un porcentaje significativo de la población esté dispuesta a dejarse aglutinar en torno a puntos focales y proporcionar empleo, expectativas laborales y formas de sostenimiento ajenas a las institucionales.

Parece ser que todo en la guerra, como en la política, está reglado y normatizado. Existen acuerdos, pactos, alianzas y normas para llevar a cabo la guerra, un metalenguaje propio de la política. Pero cuando estas formas de convocar no son convincentes o simplemente no funcionan, se acude a la violencia y a la represión sin mediar ninguna alternativa política. Es en este sentido que he decidido invocar el tema de la violencia y la política como un escenario de análisis en el marco de los estudios poscoloniales o como una nueva constelación política, profundamente inestable y en continua evolución.

4 Ortiz, J. William & Fontecha Bustamante, Alejandro. *Polis y polemos. Estudio sobre política y guerra*.

5 El término es utilizado por Ignacio Nazih Richani, en: “Sistemas de Guerra” (p. 289).

La violencia desde una mirada holística

La violencia en Colombia ha sido un hito de larga envergadura dentro de los diferentes tejidos políticos y, al mismo tiempo, uno de los tantos elementos que han moldeado la filigrana de la sociedad colombiana. De hecho, desde el mismo proceso libertador en los primeros años del siglo XIX, se vislumbró a la violencia como un factor presente, integrador de todos aquellos asuntos que se estaban gestando para darle viabilidad a la separación definitiva de la Metrópoli española, que durante varios años había tenido autoridad y soberanía sobre las colonias de América Latina.

[De esta manera], la República, salida del monopolio comercial español y devastado por la guerra nació en la ruina y esa situación, agravada con la desigualdad en que nos colocaba la división internacional del trabajo, produjo un Estado caracterizado por lo exiguo de sus rentas públicas. Desde el comienzo fue claro que el Estado “no daba para tantos” y que su control por algunos debía mantenerse, perderse o ganarse con los únicos métodos conocidos hasta entonces, por una clase dirigente que había salido de la guerra: la guerra misma. (Alape, 1985:20).

Esta situación –claro está– se vio afianzada en los escenarios propios de la época y en la misma mentalidad colectiva de los individuos, los cuales sucumbían en la incapacidad para llegar a gobernar idóneamente sus propias esferas sociales y territoriales, facilitando la propagación de matices violentos que paulatinamente iban esculpiendo ese régimen político.

Esos gérmenes del pasado, en tiempos posteriores, dejarían como resultado profundos desequilibrios y cierto sentimiento de que la violencia había sido un componente cimentador de toda la cadena de circunstancias que se traducirían en conflictos de pequeña y mediana índole, luchas bipartidistas, déficit en la repartición de tierras y la falta de un sistema agrario sostenible. Desde esta lógica “uno de los factores que más poderosamente habían alimentado la Violencia en el ámbito rural había sido el aplazamiento histórico de una reforma agraria que hubiera incluido un fuerte componente distributivo” (Medina, 1989:29). Pero el factor más preocupante frente a la anterior situación, no fue solo el hecho de la ausencia de una verdadera e inclusiva distribución de tierras, sino la

circunstancia de que todas estas motivaciones por proteger la tierra y por demandar del Estado una mayor atención, terminaran convertidas en toda una búsqueda por el poder político, y una incesante “protección del campesino”,⁶ que se direccionó al detrimento de los espacios rurales y urbanos, y al sostenimiento de una ideología, por parte de los grupos ilegales, que pareciera no tener mucha consistencia y que, finalmente, lo que ha mostrado a través de los años es un conjunto de acciones que atentan contra la integridad de la sociedad civil.

De ahí que toda esa cadena de acontecimientos no fueran el resultado de un episodio coyuntural, sino un engranaje estructural, “[donde muy] seguramente la circunstancia histórica de haber tenido que romper el coloniaje español en una guerra de más de 10 años, predeterminó esa facilidad hacia la utilización de la violencia (Alape, 1985:19).

Desde esta perspectiva, una cosmovisión de la violencia en un momento inicial, llevaría a tener en cuenta –de una manera más o menos organizada– los siguientes aspectos: la existencia de bases violentas anteriores y posteriores a la independencia de Colombia; la constante de este fenómeno en los procesos gestores de una República organizada e idealmente incluyente;⁷ un alto índice de procesos violentos vinculados a la problemática agraria como causal de las grandes y profundas desavenencias en la relación Estado-Sociedad; y, finalmente, una aparente difusión de la violencia desde la escena rural al escenario urbano y viceversa.

Es así como el fenómeno de la violencia llevaría además un particular factor psicológico, entendido desde la predisposición de los individuos a los

6 Se utiliza la expresión “protección del campesino”, para denotar la preocupación inicial de la organización insurgente; la defensa de los derechos de los campesinos y la lucha por una real distribución de tierras, que se vio afectada a través de los años, por otro tipo de motivaciones que distaron mucho del propósito inicial, y que terminaron sometiendo y afectando a los mismos campesinos.

7 Desde una perspectiva histórica y lógica, se podría decir que la independencia se quería traducir, precisamente, como la salida de la opresión y del sometimiento español. Sin embargo –en los albores de los procesos independentistas–, el ideal de construir una República que incluyera a todos los individuos que habitaban el territorio se vio reprimido por la acción de las élites criollas.

procesos violentos a través de la historia, y a un cierto carácter congénito de aceptación y adaptación a la violencia. Lo que se quiere decir con esto es que la violencia ha tenido el carácter singular de no solo ligarse a un episodio o escenario específico, sino que además ha tenido la capacidad de trascender períodos históricos, incluso posteriores a espacios de tiempo de relativa calma y de cierto carácter pacifista. Es por ello que el término *realimentación*,⁸ desarrollado dentro de la teoría general de sistemas,⁹ nos permitirá abordar a la violencia como un proceso dentro del cual, las estructuras tienen la lógica cíclica de repetirse constantemente, imbricándose, de esta manera, a las sucedáneas y nuevas generaciones.

Hablar de realimentación implica imaginar un sistema dentro del cual se presentan intercambios a manera de impulsos, los cuales siguen una lógica de entrada y salida. En ese caso, la violencia puede ser vista análogamente como un sistema, el cual da como resultado una serie de manifestaciones que, a su vez, alimentan nuevas formas e interpretaciones violentas que persisten en un espacio determinado y en donde una serie de elementos interactúan entre sí, generando un resultado específico y común que interfiere en la dinámica de todas las partes que le componen.

La memoria de la violencia contribuye así, de múltiples maneras, a que la nueva violencia no sorprenda, a que aparezca como “normal” a que se difunda también fácilmente, a que sus dimensiones y sus retos inéditos no sean percibidos sino tardíamente. [De esta manera, la violencia se amalgama a las esferas sociales y políticas], ella permanece inscrita en el cuerpo de los sobrevivientes, transmitida de generación en generación, inseparable de las trayectorias familiares e individuales que han tenido lugar. (Pécaut, 1997:14).

8 Según el diccionario de la Real Academia de la lengua, entiéndase realimentación como: *Retorno de parte de la salida de un circuito o sistema a su propia entrada.*

9 El concepto “Teoría general de sistemas” y muchos de sus términos básicos fueron expuestos y descritos por el biólogo Ludwing von Bertalanffy. A fin de comprender mejor sus postulados, véanse: “The Theory of Open Systems in Physics and Biology”. En: *Science* (Jan. 13, 1950), pp. 23-29; y (1968). *General System Theory*. New York: George Braziller, Inc.

Quizá sería arriesgado decir que la violencia pueda ser un factor equilibrador del mismo régimen político colombiano. Sin embargo, si se mira con detenimiento el papel que ha tenido esta dentro de las diferentes esferas sociales, familiares e individuales, se estaría entrando en un rasgo definitivo de la historia del país y al mismo tiempo en un elemento que ha moldeado el comportamiento de los individuos. Por supuesto que no se afirmará que todos los individuos son sensibles a tener comportamientos violentos, pero la actitud frente a este flagelo pareciera tener mayor impacto en comparación con un ciudadano de un país europeo.

La experiencia de la violencia en Colombia desde la Ciencia Política.

Es claro, por tanto, que muchos de los episodios de violencia en Colombia parecen inherentes a la naturaleza social de sus habitantes, quienes desde el mismo proceso independentista han tenido que convivir con este fenómeno inacabable que pareciera aún no tener una solución contundente; paradójicamente, cuando la panacea para obtener la anhelada independencia –hace ya dos siglos–, fue a través de revoluciones y batallas que dejaron consigo innumerables cantidades de muertos, cimentando desde una óptica política nuevos problemas desde el cómo se comenzó a administrar el territorio; hoy son el devenir constante de la nación colombiana... “[De esta manera], la cultura encarna los conflictos y desarrolla formas de resistencia, hasta el punto de haberse constituido toda una cultura de la violencia y toda una escuela de violentólogos” (Cobo, 2005:35).

Colombia, por tanto, como cultura y como un modelo de organización social, denota unas características sumamente particulares que no son ajenas dentro de la academia a su estudio e interpretación; de hecho, “en la ciencia moderna, la interacción dinámica es el problema básico en todos los campos, y sus principios generales tendrán que ser formulados en la Teoría General de Sistemas”. (Bertalanffy, 1952:201); de este modo, es asunto de la ciencia política reflexionar en torno a cómo las experiencias de la violencia en Colombia son menester de la cabal interacción de la población, que pareciera no encontrar más mecanismos diferentes para

intentar dar solución a sus problemas propios, que recurrir al maltrato, ya sea físico o mental y el cual, indefectiblemente, atenta contra los Derechos Humanos.

Hay expresiones que en una cultura de los derechos humanos se consideran violentas. Tanto los interlocutores de la acción violenta como los observadores la califican como destructiva en lo físico y lo psíquico. Entre las expresiones más comunes de violencia física en la familia se encuentran acciones como rasguñar, morder, encerrar, estrangular, asesinar etc. Entre las manifestaciones emocionales se contemplan humillación, ironía, desprecio, castigo, amenaza etc. (Maldonado, 1995).

Todas esas expresiones manifestadas por Maldonado, evidentemente pertenecen a un retrato local, de hecho la violencia física y psíquica es utilizada por los oponentes al poder político del Estado, bien sea atemorizando la población civil inmersa en las cabeceras municipales más afectadas por los conflictos o incluso en el acto mismo del desplazamiento forzado. Seguidamente, en la institución propia de la familia, escenas violentas se presentan como una manifestación lógica y consecuente de raíces ligadas a este fenómeno. Pareciera ser este el espectro de todo un sistema interconectado, donde el inicio parece ser más fácil de detectar, pero su evolución y transformación parecen difíciles de predecir.

Es evidente que nuestra nación está inmersa en un complejo problema de idiosincrasia, cuyo vértice se genera en el principio visceral de sobrevivir entre una aparente hostilidad que se percibe por doquier, no solo en las zonas urbanas, con el crimen organizado de bandas y pandillas, sino incluso en las regiones rurales, con grupos armados que se acercan casi ya a los cincuenta años de existencia, traspasando todo marco normativo y cualquier valor ético o moral, con tal de alcanzar sus propósitos particulares... "Analizar esta coexistencia ¿pacífica? [...] En medio de un panorama informativo donde sólo destacan, con recurrencia escandalosa, la guerrilla más vieja de América Latina, el más alto nivel de secuestros, la sistemática voladura de oleoductos por grupos subversivos y matanzas paramilitares, es incurrir en el lugar común, en el tópico manido" (Cobo, 2005:33).

Pero la atribución de todos estos conflictos gravita más allá de uno o varios responsables, dado que todos –así anhelemos paz–, terminamos conviviendo con el problema y difícilmente buscamos soluciones consensadas y explícitas a los conflictos, como consecuencia de nuestra pasiva actitud e indiferencia, cuyo resultado trae consigo la delegación de los problemas al gobierno, el cual –legitimado por nuestra conducta y permeado por otros problemas como la corrupción– muchas veces no logra paliar eficientemente todos nuestros problemas haciendo de este... “Un país donde demasiados protagonistas buscan la paz sin dejar, por ello, de disparar como es costumbre, y acusar a los otros de entorpecer sus laudables propósitos” (Cobo, 2005:34). Incluso, trayendo a colación el tema de la seguridad democrática del gobierno anterior y sus cuestionados resultados en algunas esferas, y teniendo en cuenta que esta fue vista –en el momento– como la solución más esperanzadora para mitigar ciertos focos generadores de violencia, cabe cuestionarse si el método más idóneo para corregir el conflicto es con más violencia legitimada a través del Estado; es ahí, tal vez, cuando cabe la reflexión sobre si algún día la política de seguridad democrática logrará uno de sus principales cometidos,¹⁰ y si, por el contrario, no habríamos transfigurado el país en una vieja Colombia, sumida en la injusticia social y dando paso, en cambio, a una nueva Colombia reprimida por la fuerza gendarme del mismo gobierno de turno. Por ello, quizá, la salida a muchos de los conflictos sociales de nuestra nación está supeditada no a medidas coyunturales, sino a mecanismos estructurales en cuanto al modo de pensar de un colombiano promedio; es decir, a la cultura política que este posee para

10 Dentro de los componentes de la Política de Seguridad Democrática diseñada por el gobierno en el año 2002, se encuentran en la Sección 3.1. Principios de implementación... “Promover la seguridad como garante del funcionamiento de la justicia [...] Éste es un medio fundamental para proteger los derechos de los ciudadanos” Tomado de: Ministerio de defensa. Recuperado el 01 de Julio de 2010 en: http://www.mindefensa.gov.co/irj/servlet/prt/portal/prtroot/pcd!3aportal_content!2fevery_user!2fgeneral!2feu_role!2fcom.sap.km.home_ws!2fcom.sap.km.hidden!2fcom.sap.km.urlaccess!2fcom.sap.km.basicsearch?layoutSetMode=exclusive&ResourceListType=com.sapportals.wcm.SearchResultList&SearchType=quick&QueryString=seguridad%20democr%C3%A9tica

encontrar respuestas consensuadas a la diferencia, a los desequilibrios dentro del sistema social.

Lo paradójico es que aunque la violencia tiene una alta repercusión social y económica, a la vez tiene la capacidad de dinamizar los procesos en los cuales el Estado presenta dificultades y en la misma vida de los individuos. De esta forma, podría destacarse que:

“La violencia tiene,[...] también sus beneficios, y no solamente para sus protagonistas. Beneficios macroeconómicos: el dinero del tráfico de la droga ha ayudado a que Colombia escape a la trampa del sobreendeudamiento externo y ha sostenido la demanda interna. Beneficios sectoriales: este mismo dinero ha permitido el dinamismo de la construcción de las instituciones financieras e incluso de la agricultura comercial”. (Pécaut, 1997:37).

En esa perspectiva, nos estamos enfrentando a una paradoja dual, la concepción de la violencia como un flagelo para la sociedad, pero, al mismo tiempo, como el motor de cambios productivos en diferentes umbrales. Quizá este punto pueda ser medianamente más comprensible si entendemos a continuación el concepto de cultura política, y la factibilidad de que esta pueda incidir en los niveles de violencia política y social.

A modo de conclusión

Todas las reflexiones expuestas en este artículo pretenden, desde la ciencia política, ahondar en aspectos cruciales para la formación de individuos conscientes, que a partir de su conducta y su modo de interactuar con otros, pueden generar una serie de resultados específicos dentro del sistema social y político. Este hecho quizá logre presentar a la ciencia política como un elemento dignificante, capaz de hallar elementos diferentes a la violencia para la construcción de nuevas realidades dentro del Estado colombiano.

Bibliografía

- Alape, A. (1985). *La paz, la violencia: Testigos de excepción. Hechos y testimonios sobre 40 años de violencia y paz que vuelven a ser hoy palpitante actualidad*. Bogotá: Planeta.
- Almond, G. & Verba, S. (1965). *The civic culture, political attitudes and democracy in five nations. An analytic study*. Boston: Little Brown.
- Arnoletto, E. J. (2007). *Glosario de Conceptos Políticos Usuales*. Málaga: EUMEDNET
- Arteaga, B. N. (2007). "Repensar la violencia. Tres propuestas para el siglo XXI". En: Revista *Trayectorias* (Vol. IX, núm. 23, enero-abril). México: Universidad Autónoma de Nuevo León, p. 44.
- Aveledo, G. (2000) *Comentarios sobre la violencia política contemporánea en Colombia*. Versión online, consultada el día 20 de junio de 2010, en: <http://www.analitica.com/va/internacionales/opinionanteriores/9244519.asp>
- Bertalanffy, V.L. (1952). *Problems of life*. New York: Wiley H. & Sons, Inc.
- Blanas, G. (2007) *¿Hay democracia en el mundo?* Versión online, consultada el día 5 de julio de 2010, en: http://www.ciudadpolitica.com/modules/newbb/viewtopic.php?topic_id=2857
- Bushnell, D. (1996). *Colombia: Una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Planeta.
- Cañón, J. J. (1990). "Pactos Políticos y democratización en Colombia". En: Revista *Politeia* (No.14). Caracas: Instituto de Estudios Políticos. Págs: 33-45
- Cobo, J. G. (2005). *Colombia: Cultura y violencia*. Bucaramanga: (Sic) Editorial.
- Diccionario de la Lengua Española. Vigésima segunda edición. (2001) Consultado el día 3 de julio de 2010 en: http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=realimentar
- Dávila, L. & Rudas, C. (1998). "Colombia 1998: Elecciones y paz en medio de la turbulencia". En: *Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe* (No. 2). Caracas: FLACSO-Nueva Sociedad, pp. 11-18.
- Downs, A. (1973). *Teoría económica de la democracia*. Madrid: Aguilar.
- Fearon, J. D. & Laitin, D. D. (2003). "Ethnicity, Insurgency, and Civil War". En: *American Political Science Review* (Vol. 97, No. 1, February 2003). Stanford University
- Gallego, Y. (Febrero de 2010). *Cultura política, participación y democracia en Colombia. Concejos en contacto*, 24, 19. Bogotá: documentos Ministerio del Interior y de Justicia. www.mij.gov.co
- González, C. E. (2002). *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).
- González, E. F.; Bolívar J. I. & Vásquez, T. (2003). *Violencia política en Colombia: de la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: CINEP.

- Maldonado, M. C. (1995). *Conflicto, poder y violencia en la familia*. Santiago de Cali: Universidad del Valle.
- Medina, M. (1989). "Bases urbanas de la violencia en Colombia, 1945-1950, 1984-1988". En: *Historia Crítica* (No. 01, Ene-Jun), pp. 20-32.
- Morán, M. L. (1997). "Élites y cultura política en la España democrática". En: Castillo, P. del & Crespo, I. *Cultura política. Enfoques teóricos y análisis empíricos*. Valencia: Tirant lo Blach.
- Nazih, R. I. (2003). *Sistemas de Guerra Colombia*. Bogotá: Planeta.
- Oberschall, (1973), *Social Conflict and Social Movements*, Englewood Cliffs. Prentice Hall.
- Ortiz, J. W. & Bustamante, F. A. (2010). *Polis y Polemos. Estudios sobre política y guerra*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- Ortiz, J. W. (2009). *Los paraestados en Colombia*. Medellín: Ediciones Unaula.
- Pécaut, D. (1997). "Presente, pasado y futuro de la violencia". En: *Revista Análisis Político* (No. 30). Bogotá, pp. 3-36.
- _____ (1997). "Presente, Pasado y Futuro de la violencia". En: *Revista Análisis Político* (No. 30). Pp. 15-22
- Pizarro, L. (1991). "Elementos para una sociología de la guerrilla en Colombia". En: *Revista Análisis Político* (No. 12). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Pp. 23-37
- _____ (2004). *Una democracia asediada: balance y perspectivas del conflicto armado en Colombia*. Bogotá: Norma.
- _____ (2006). "Las FARC: ¿repliegue estratégico, debilitamiento o punto de inflexión?". En: *Nuestra Guerra Sin Nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*. Bogotá: Norma. Págs: 10-23
- Rangel, A. (1998). *Colombia, guerra en el fin de siglo*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Romero, M. (2003). *Paramilitares y autodefensas, 1982-2003*. Bogotá: IEPRI, Universidad Nacional de Colombia.
- Sánchez, G. & Peñaranda, R. (1991). *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*. Bogotá: CEREC.
- Sancho, L (2003). *Guerrilla y Terrorismo en Colombia y España ELN y ETA*, Bucaramanga: Hedoc.
- Sanin, F. (2006). *Nuestra Guerra Sin Nombre. Transformaciones del Conflicto en Colombia*. Bogotá: Norma.
- Tilly, Ch (1998), "Conflicto político y cambio social", en: Ibarra, Pedro y Benjamín Tejerían (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta.

Uriarte, E. (2002). *Introducción a la Ciencia Política*. Madrid: Tecnos.

Wieviorka, M. (1992). "Terrorismo y violencia política". En: *Revista internacional de sociología* (Tercera época, No. 2), pp. 168-178.

_____ (2007). "Repensar la violencia". En: *Revista Trayectorias* (Número 23, abril de 2007), p. 49.

_____ (2007). "Violencia y Paz". En: *Revista Colombiana de Sociología* (No. 28), p. 21.